

alma humana. Del mismo modo que toda la antigüedad, Platón creía en el bien y en el mal, como en lo blanco y en lo negro; por consiguiente, como en una diferencia radical entre los hombres buenos y los hombres malos, entre las buenas cualidades y las malas cualidades. Para que en lo porvenir se tenga más confianza en la propiedad y ésta se haga más moral, es preciso proporcionar todos los medios de trabajo que dan fortunas *pequeñas*, é impedir el enriquecimiento fácil y súbito; habría que quitar de las manos de los particulares todas las ramas del transporte y del comercio que favorezcan la acumulación de las *grandes* fortunas y ante todo el tráfico de dinero; y habría que considerar á los que poseen demasiado, como seres peligrosos para la seguridad pública, lo mismo que á los que no poseen nada.

286.—*El valor del trabajo.*

Si se quisiese determinar el valor del trabajo según el tiempo, la aplicación, la buena ó mala voluntad, la violencia, la ingeniosidad ó la pereza, la honradez ó la perfidia que se ha desplegado en él, nunca podría ser *justa* la apreciación del valor, porque habría que poder poner en la balanza á la persona misma, lo cual es imposible. Se trata de decir: «¡No juzguéis!» Pero ese es precisamente el grito de justicia que ahora oímos entre los que están descontentos de la evaluación del trabajo. Si se da un paso más mentalmente, se observa que cada individuo es irresponsable de su producto; el trabajo: nunca, por consiguiente, puede deducirse de él un mérito, pues todo trabajo es tan bueno ó tan malo como debe serlo, según la constelación necesaria de las fuerzas y de las debilidades, de los conocimientos y de los deseos. No depende de la

buena voluntad del trabajador si trabaja y cómo trabaja. Sólo los puntos de vista de la *utilidad*, puntos de vista más limitados ó más amplios, han creado los cálculos del valor del trabajo. Lo que hoy llamamos justicia está muy en su lugar en ese dominio, pues es una utilidad en extremo refinada, que no se refiere sólo al momento y aprovecha la ocasión, sino que piensa en la estabilidad de todas las situaciones, y que, por esta razón, tiene también en cuenta el bien del trabajador su contento material y moral; á fin de que él y sus descendientes continúen trabajando para nuestros descendientes, y á fin de que podamos tener confianza en él por más espacio de tiempo que el de una sola vida humana. La *explotación* del trabajo era, como hoy comenzamos á darnos cuenta, una tontería, un robo en detrimento del porvenir, un peligro para la sociedad. Ahora se ha llegado casi á la guerra por esto; y, en todos los casos, los gastos necesarios para conservar la paz, para firmar tratados y para inspirar confianza, serán en extremo exorbitantes, porque la locura de los explotadores fué muy arrebatada y de larga duración.

287.—*Del estudio del cuerpo social.*

Lo más molesto que hay para el que quiera hoy día estudiar en Europa, y especialmente en Alemania, la Economía y la Política, es que las verdaderas circunstancias, en vez de ejemplificar las reglas, acusan un *estado de transición ó de decadencia*. Por eso hay que aprender primero á mirar más allá de lo que existe verdaderamente, para detener la mirada en la lejanía, por ejemplo, en la América del Norte, donde se pueden seguir con la vista y examinar los movimientos primitivos y normales del cuerpo social, si así se

*quiere* realmente; al paso que en Alemania se necesitan difíciles estudios históricos, ó, como he indicado, un lente de aumento.

288.—*En qué humilla la máquina.*

La máquina es impersonal, quita al trabajo su nobleza, sus cualidades y sus defectos individuales que son propios de todo trabajo que no se hace á máquina y que, por consiguiente, es una partícula de humanidad. En otro tiempo, toda compra entre artesanos era una *distinción* concedida á una *persona*, porque se rodeaba de las insignias de esta persona; de esa manera los objetos usuales y los trajes se convertían en una especie de símbolo de aprecio recíproco y de homogeneidad personal, mientras que hoy parecemos vivir solamente en medio de una esclavitud anónima ó impersonal. No hay que comprar muy cara la facilitación del trabajo.

289.—*Cuarentena de cien años.*

Las instituciones democráticas son lazaretos contra la peste antigua de las envidias tiránicas; en cuanto tales, muy útiles y muy fastidiosas.

290.—*El partidario más peligroso.*

El partidario más peligroso es aquel cuya defección destruiría todo el partido; es decir, el mejor partidario.

291.—*El destino del estómago.*

Un pan pringado con manteca de más ó menos en el estómago de un *jockey* puede decidir del éxito de las carreras y de las apuestas y, por consiguiente, de

la felicidad y de la desgracia de millares de individuos. Mientras el destino de los pueblos dependa todavía de los diplomáticos, el estómago de éstos será siempre objeto de angustias patrióticas. *Quousque tandem!*

292.—*Victoria de la democracia.*

Todas las fuerzas políticas intentan ahora explotar el miedo al socialismo para fortificarse. Pero á la larga sólo la democracia puede aprovecharse de este estado de cosas; porque *todos* los partidos se ven ahora obligados á halagar al «pueblo» y concederle alivios y libertades de todas clases, mediante las cuales el pueblo acaba por hacerse omnipotente. Esto es lo más distante del socialismo, doctrina del cambio en la manera de adquirir la propiedad; y cuando una vez, por la gran mayoría de sus parlamentos, acabe por tener entre manos el tornillo de los impuestos, atacará por el impuesto progresivo la realeza del capital, del gran comercio y de la bolsa, y creará así, de una manera lenta, una clase media que tenga derecho á *olvidar* el socialismo como una enfermedad que ha pasado. El estado práctico de esta democratización que va siempre en aumento, será, en primer lugar, la creación de una unión de los pueblos europeos, en que cada país limitado con arreglo á oportunidades geográficas, ocupará la situación de un cantón y disfrutará de sus derechos particulares; entonces se tendrán muy poco en cuenta los recuerdos históricos de los pueblos, tales como han existido hasta ahora, porque el sentido de compasión que circunda á estos recuerdos se desarraigará, paulatina pero completamente, bajo el dominio del principio democrático, ávido de innovaciones y de experiencias. Las rectificaciones de fron-

terás serán así necesarias, de manera que se hagan servir á las *necesidades* del gran cantón y al mismo tiempo al conjunto de países aliados, pero no á la memoria de un pasado cualquiera que se pierde en la noche de los tiempos. Encontrar los puntos de vista de esta rectificación futura será la tarea de los diplomáticos del porvenir, que deberán ser á la vez sabios, agrónomos y especialistas en el conocimiento de los medios de comunicación y tener tras sí, no ejércitos, sino razones de utilidad práctica. Sólo entonces la política *exterior* estará inseparablemente asociada á la política *interior*; al paso que ahora continúa corriendo tras su altiva dueña y rebusca en su desastrosa alforja las espigas olvidadas en el rastrojo, después de la recolección de la otra.

293.—*Fin y medios de la democracia.*

La democracia quiere crear y garantizar la independencia al mayor número de personas posible, la independencia de las opiniones, de la manera de dirigir y de ganar la vida. Para llegar á este fin, le es preciso discutir el derecho de voto, tanto á los que no poseen absolutamente nada, como á los que son verdaderamente ricos; porque esas son dos clases de hombres que no podría tolerar, y en cuya supresión debe trabajar continuamente, á riesgo de ver su tarea discutida siempre. De igual manera, debe impedir siempre todo lo que tiende á la organización de partidos. Porque los tres grandes enemigos de la independencia, desde ese triple punto de vista, son: el ganapán, el rico y los partidos. Hablo de la democracia como de algo que existirá en lo porvenir. Lo que hoy se llama así, se distingue de las antiguas formas de gobierno solamente en que se sirve de *caballos nuevos*;

los caminos son los mismos que en el pasado, y las ruedas del carro también. Con *esta* yunta del bien público, ¿se ha hecho menor el peligro?

294.—*La circunspección y el éxito.*

Esta gran cualidad de la circunspección que es en el fondo la virtud de las virtudes, la abuela y la reina de las virtudes, está lejos de tener siempre á su lado el éxito en la vida cotidiana. Porque entre las personas prácticas se sospecha de ella y se la confunde con el disimulo y la sutilidad hipócrita. Por el contrario, el que carece de circunspección, el hombre que avanza siempre y que á veces se tuerce hacia un lado, se considera como un compañero leal con quien se puede contar. Luego las personas prácticas no gustan del hombre circunspecto, y le tienen por peligroso. Por otra parte, créese de buena gana que el circunspecto es tímido, inepto y pedante; las personas poco prácticas, y que quieren juzgar de la vida, le juzgan incómodo, porque no quiere vivir á la ligera como ellas, que no piensan ni en la acción ni en los deberes; en medio de ellas parece como su conciencia viva, y en sus ojos la luz palidece á su aproximación. Si, pues, el éxito y la popularidad le faltan, dígasé á manera de consuelo: «A este precio se elevan las *contribuciones* que debes pagar para poseer el bien más precioso entre los hombres: ¡merece la pena!»

295.—«*Et in Arcadia ego*».

Yo he dirigido una mirada á mis pies, pasando por encima de la ola de las colinas, al lado de ese lago de un verde lechoso, á través de los pinos austeros y de los viejos abetos; á mi alrededor yacían rocas de for-

mas variadas, y sobre el suelo multicolor crecían hierbas y flores. Cerca de mí se movía un rebaño, dispersándose y reuniéndose sucesivamente; algunas vacas se bosquejaban en la lejanía en grupos apiñados, destacándose á la luz de la tarde sobre el bosque de pinos; otras más cerca parecían más sombrías. Todo esto estaba tranquilo, en la paz del crepúsculo próximo. Mi reloj marcaba las cinco y media. El toro del rebaño había bajado por la blanca espuma del arroyuelo y remontaba lentamente su curso impetuoso, resistiendo y cediendo sucesivamente; esto debía ser para él una especie de satisfacción feroz. Dos seres humanos de piel curtida, de origen bergamasco, eran los pastores de ese rebaño; la joven casi iba vestida como un muchacho. A la izquierda de las faldas de rocas abruptas, sobre una gran cintura de bosque, á la derecha, dos enormes cumbres cubiertas de nieve, nadando sobre mí en un velo de bruma clara; todo esto era grande, tranquilo y luminoso. La belleza toda producía un estremecimiento, y era la adoración muda en el momento de su revelación. Involuntariamente, como si no hubiese nada más, se había intentado colocar héroes griegos en ese mundo de luz pura, de contornos agudos (de ese mundo que no tenía nada de la inquietud y del deseo, de la expectativa y de los pesares); había que sentir como Poussin y sus discípulos: á la vez de un modo heroico é idílico. Y así han vivido algunos hombres, así han evocado sin cesar el sentido del mundo en sí mismos y fuera de sí mismos; y fué sobre todo uno de ellos, uno de los mayores hombres que han existido, el inventor de una manera de filosofar heroica é idílica á la vez: Epicuro.

296.—*Calcular y medir.*

Ver muchas cosas, pesarlas unas con otras, hacer el descuento, sacar una conclusión rápida y establecer la suma con bastante exactitud, es lo que hace el gran político, el gran capitán y el gran comerciante; es, pues, la rapidez en una especie de cálculo mental. No ver más que una sola cosa, encontrar en ella el único motivo de obrar, el sistema de medidas que determina cualquier otra acción, es lo que hace al héroe y también al fanático; es, pues, una destreza á medir con un solo metro.

297.—*No ver el mal momento.*

Mientras os sucede algo, hay que abandonarse al hecho y cerrar los ojos; por consiguiente, no hacer de observador mientras *se está allí*. Porque eso desarreglaría la buena digestión del hecho: en lugar de adquirir sabiduría, se lograría una indigestión.

298.—*La práctica del sabio.*

Para llegar á sabio, hay que *querer* que sucedan algunas cosas en vuestra vida, arrojarse en el hocico de los hechos. Es cierto que es muy peligroso; muchos «sabios» han sido devorados.

299.—*La fatiga del espíritu.*

Nuestra indiferencia y nuestra frialdad pasajeras respecto de los hombres, que lo han interpretado como dureza y falta de carácter, no son, á menudo, más que fatiga del espíritu; cuando estamos en este estado, los demás, como nosotros mismos, nos son indiferentes ó importunos.

300.—*«Sólo una cosa es necesaria.»*

Cuando se es inteligente, lo que os importa, ante todo, es tener alegría en el corazón. ¡Ah!, agregó alguien, cuando se es inteligente, lo mejor que se puede hacer es ser sabio.

301.—*Un testimonio de amor.*

Alguien decía: «Hay dos personas á propósito de las cuales nunca he reflexionado profundamente: ese es el testimonio de afecto que les rindo.»

302.—*Cómo se trata de corregir los malos argumentos.*

Hay algunas personas que arrojan un trozo de su personalidad tras sus malos argumentos, como si por éstos consiguiesen mejor su objeto y se dejasen transformar en buenos argumentos. Es como los jugadores de bolos que, después de haber dado un golpe, tratan de dar una dirección á su bola con sus gestos y el movimiento de sus brazos.

303.—*La lealtad.*

Es poca cosa cuando, en lo que atañe al derecho y á la propiedad, es uno hombre ejemplar, no coger frutos en un jardín extranjero, cuando aun se es niño, ó no pasar por un prado no segado cuando se ha llegado á la edad de la razón; escojo mis ejemplos entre las cosas pequeñas que, como es sabido, demuestran este género de perfección mejor que las mayores. Es poca cosa, porque entonces no es uno, en resumen, más que una «persona jurídica», con ese grado de moralidad de que es capaz una «sociedad», una aglomeración de hombres.

304.—*¡Hombre!*

¡Qué es la vanidad del hombre más vano al lado de la vanidad que posee el hombre más humilde que, en el mundo y en la naturaleza, se considera como «hombre»!

305.—*La gimnástica más necesaria.*

Por la ausencia de dominio de sí mismo en las circunstancias mínimas, la facultad de dominarse en los casos más graves se esteriliza poco á poco. Cada día se utiliza mal y se convierte en un peligro para el día próximo, si no se niega alguna vez, al menos algo; esta gimnástica es indispensable cuando se quiere conservar la alegría de ser su propio dueño.

306.—*Perderse.*

Cuando se ha llegado á encontrarse á sí mismo, hay que saber *perderse* de cuando en cuando, para volver á encontrarse después: admitiendo, entiéndase bien, que se sea un pensador. Porque es perjudicial á éste estar siempre asociado á una sola persona.

307.—*Cuándo hay que despedirse.*

Es preciso que te despidas de lo que quieres conocer y medir, al menos por algún tiempo. Sólo después de haber abandonado la ciudad nota uno cómo sus torres se elevan por encima de las casas.

308.—*Al mediodía.*

Cuando, en la vida de alguien, la mañana fué activa y huracanada, cuando llega el mediodía de la vida, el alma se siente sobrecogida de un ansia regular de

reposo, que puede durar meses y años. El silencio se hace alrededor de este hombre; el sonido de las voces se atenúa cada vez más; el sol cae de plano sobre su cabeza. En una pradera, al borde del bosque, ve dormir al gran Pan; todas las cosas de la naturaleza se han adormecido con él; lleva una expresión de eternidad en la figura; al menos le parece que es así. No desea nada; no se cuida de nada; su corazón se detiene; solo su ojo vive: es una muerte con la mirada despierta. El hombre ve allí muchas cosas que nunca ha visto, y todo lo que puede percibir está circundado de un tejido de luz, anegado en cierto modo. Se siente feliz con eso; pero es una felicidad pesada, muy pesada. Mas, por último, el viento se eleva de nuevo en los árboles, el mediodía ha pasado, y la vida le atrae todavía hacia allá, la vida de ojos ciegos, seguida de su cortejo impetuoso: los deseos y los engaños, el olvido y los goces, el aniquilamiento y la fragilidad. Y así llega la noche, más huracanada y activa de lo que fué la mañana. Para los hombres verdaderamente activos, esos estados de conocimiento prolongado parecen casi inquietantes y enfermizos, pero no desagradables.

309.—*Precaerse de su pintor.*

Un gran pintor que ha revelado y fijado en un retrato la expresión más completa, el momento más total de que un hombre es capaz, cuando vea más tarde á este hombre en la vida real, sentirá casi siempre la impresión de ver una caricatura.

310.—*Los dos principios de la vida nueva.*

*Primer principio:* hay que organizar la vida de la manera más segura, más positiva, y no como se

hizo hasta ahora, con arreglo á perspectivas lejanas, inciertas, como un horizonte cargado de nubes. *Segundo principio:* hay que establecer, aislándose á sí mismo, la *sucesión* de las cosas próximas y vecinas, ciertas y menos ciertas, antes de organizar su vida y darle una dirección definitiva.

311.—*Irritabilidad peligrosa.*

Los hombres inteligentes, pero holgazanes, tendrán siempre un aspecto algo irritado cuando uno de sus amigos haya terminado un buen trabajo. Su envidia se despierta; se avergüenzan de su pereza, ó más bien temen que el hombre activo les desprecie aún *más* que de ordinario. En esta disposición de espíritu critican la obra nueva; y su crítica se convierte en venganza, con gran sorpresa del autor.

312.—*Dstrucción de las ilusiones.*

Las ilusiones son de fijo placeres costosos; pero la destrucción de las ilusiones es todavía más costosa, cuando se considera como un placer, lo cual ocurre indiscutiblemente en ciertas personas.

313.—*La monotonía del sabio.*

Las vacas ostentan á veces una expresión de asombro que tiene el aspecto de una interrogación cortada. Por el contrario, el *nihil admirari* se refleja en el ojo de la inteligencia superior como la monotonía de un cielo sin nubes.

314.—*No estar enfermo mucho tiempo.*

Hay que procurar no estar enfermo mucho tiempo, porque pronto los espectadores se impacientan por la

obligación habitual de demostrar compasión, supuesto que les cuesta demasiado trabajo mantenerse mucho tiempo en este estado de espíritu. Y, casi sin transición, llegan á sospechar de vuestro carácter y á deducir que *merecéis* estar enfermo y que es inútil hacer un esfuerzo de piedad.

315.—*Advertencia á los entusiastas.*

Que el que gusta de dejarse *arrastrar* y desearse arrebatado al cielo, tenga cuidado de no hacerse *demasiado pesado*; es decir, que no aprenda demasiadas cosas y, sobre todo, que no se deje *invadir* por la ciencia. ¡Eso es lo que hace pesado! ¡Tened cuidado, oh entusiastas!

316.—*Saber sorprenderse.*

El que quiere verse á sí mismo, tal como es, debe saber *sorprenderse* con la bujía en la mano. Porque ocurre con las cosas espirituales como con las cosas corporales: el que está habituado á verse en el espejo, olvida siempre su fealdad; sólo por el pintor recibe de nuevo la impresión. Pero se habitúa también á la pintura, y olvida su fealdad por segunda vez. Esto es conforme á la ley general, que hace que el hombre *no resista* á lo que es inmutablemente feo, sino por un momento; lo olvida y lo niega en todos los casos. Los moralistas necesitan contar con este «momento» para establecer sus verdades.

317.—*Opiniones y peces.*

Somos poseedores de nuestras opiniones como somos poseedores de peces, en el sentido de que poseemos un estanque para pescarlos. Hay que ir á la pesca y

tener suerte; entonces poseemos *nuestros* peces, *nuestras* opiniones. Hablo aquí de opiniones vivas, de peces vivos. Otros quedan satisfechos cuando poseen una colección de fósiles, y en su cerebro una colección de «convicciones».

318.—*Sentido de la libertad y de la servidumbre.*

Satisfacerse en lo posible, satisfacer sus necesidades imperiosas, aunque sea de una manera imperfecta, es el modo de llegar á la *libertad del espíritu y de la persona*. Satisfacer, con ayuda de los demás, y lo más perfectamente posible, muchas necesidades superfluas; eso acabó por colocaros en un estado de *servidumbre*. El sofista Hippias, que había adquirido y creado por sí mismo todo lo que llevaba, interior y exteriormente, es por eso el representante de esa corriente que conduce á la más alta libertad del espíritu y de la persona. Importa poco que todo esté igualmente bien trabajado, igualmente perfecto; la altivez encubrirá los puntos flacos.

319.—*Creer en sí mismo.*

En nuestros días se desconfía siempre del que cree en sí mismo; en otro tiempo, creer en sí mismo bastaba para que los demás creyesen igualmente en vosotros. La receta para tener crédito hoy es: «¡No te gobiernes á ti mismo! Si quieres que tu opinión se vea bajo un aspecto favorable, comienza por encender tu propia chimenea.»

320.—*No más rico ni más pobre; todo á la vez.*

Conozco á un hombre que, siendo aún niño, ya se había habituado á pensar bien de la intelectualidad de

los hombres, es decir, de su verdadera inclinación hacia los objetos del espíritu, de su gusto desinteresado por las cosas reconocidas como verdaderas, etc., á tener, por el contrario, una idea muy mezquina de su espíritu (juicio, memoria, presencia de ánimo, imaginación). No se concedía ningún valor cuando se comparaba con otros. Pero en el curso de los años se vió forzado, primero una vez, luego cien veces, á cambiar de opinión en ese punto, pudiera creerse que fué con gran alegría y satisfacción suya. En efecto, había algo de eso; pero, como decía una vez: «Unese á esto una amargura de la peor especie, una amargura que no he conocido en los años anteriores; porque, desde que aprecio á los hombres y á mí mismo, con más justicia por lo que atañe á las necesidades intelectuales, mi espíritu paréceme menos útil; con él no creo poder hacer obra buena, porque el espíritu de los demás no sabe aceptarla; ahora veo siempre ante mí el abismo espantoso que existe entre el hombre seguro de sí mismo y el que necesita socorro. Por eso estoy atormentado por la miseria de poseer un espíritu yo solo y de disfrutar de él lo más posible. Pero *dar* vale más que *poseer*; y qué, ¿es el hombre más rico cuando vive en la soledad de un desierto?

321.—*Cómo hay que atacar.*

Las razones que hacen que se crea en alguna cosa ó que no se crea en ella, rara vez y en muy pocos hombres son tan fuertes como pueden serlo. Ordinariamente, para quebrantar la fe en algo, no se necesita en manera alguna desplegar la formidable artillería de combate; en muchos se consigue el fin atacando con un poco de ruido, de suerte que bastan los fulminantes. Pero contra las personas muy vanidosas bas-

ta adoptar la *actitud* de un ataque violento: se figuran entonces que se las toma muy en serio y se rinden.

322.—*Muerte.*

Por la perspectiva cierta de la muerte, se podría verter en la vida una gota deliciosa y perfumada de indolencia; pero vosotros, singulares farmacéuticos del hombre, habéis hecho de esta gota un veneno infecto que hace repugnante la vida entera.

323.—*Remordimiento.*

No deis nunca rienda suelta á los remordimientos, sino decid enseguida: eso sería sumar una segunda necedad á la primera. Si se ha ocasionado el mal, hay que pensar en hacer el bien. Si uno es castigado á causa de su mala acción, debe sufrir el castigo con el sentimiento de que así se hace una cosa buena; con el ejemplo impídese á otro caer en la misma locura. Todo malhechor castigado debe considerarse como un bienhechor de la humanidad.

324.—*Llegar á pensador.*

¿Cómo alguien puede llegar á pensador si no pasa la tercera parte del día por lo menos sin pasiones, sin hombres y sin libros?

325.—*El mejor remedio.*

Un poco de salud por aquí y por allí para el enfermo, el mejor remedio.

326.—*¡No toquéis!*

Hay hombres nefastos que, en lugar de resolver un problema, lo oscurecen para todos los que se ocupan



de él y lo hacen todavía más difícil de resolver. Al que no sabe herir certeramente debe rogársele que no hiera.

327.—*La naturaleza olvidada.*

Hablamos de la naturaleza y, al hablar, nos olvidamos á nosotros mismos; pero también somos la naturaleza, á pesar de todo. Por consiguiente, la naturaleza es una cosa muy distinta de lo que sentimos al nombrarla.

328.—*Profundidad y tedio.*

En los hombres profundos como en los pozos profundos pasa algún tiempo antes de que el objeto que se arroja en ellos llegue al fondo. Los espectadores que no esperan, por lo general, bastante tiempo se imaginan que esos hombres son insensibles y duros; ó bien que son fastidiosos.

329.—*Cuándo es tiempo de prestar juramento de fidelidad.*

A veces se extravía uno en una dirección intelectual que está en contradicción con nuestras capacidades; durante algún tiempo lucha heroicamente contra viento y marea, es decir, contra sí mismo; fatigase uno y acaba por gemir. Lo que llevamos á cabo no nos causa un placer verdadero, porque nuestros éxitos nos hacen perder demasiadas cosas. Hasta ocurre que uno se desespera de su fecundidad, de su porvenir, cuando tal vez se está en plena victoria. Finalmente, se acaba por volver atrás; y ahora el viento agita nuestra vela y nos impulsa en nuestra corriente. ¡Qué felicidad! ¡Cuán ciertos de la victoria nos sentimos! Ahora sólo sabemos lo que somos y lo que queremos.

ahora nos juramos fidelidad á nosotros mismos y tenemos derecho á hacerlo, puesto que lo sabemos.

330.—*Los que predicen el tiempo.*

Del mismo modo que las nubes nos revelan adonde corren, por encima de nosotros, los vientos, así también los espíritus más ligeros y más libres, en sus corrientes, predicen el tiempo que va á venir. El viento del valle y las opiniones de la plaza pública de hoy no significan nada por lo que atañe al porvenir, porque no hablan sino de lo que se refiere al pasado.

331.—*Constante agregación.*

Las personas que comienzan lentamente y que se familiarizan difícilmente con una cosa, poseerían á veces más tarde la cualidad de la aceleración constante; de suerte, que nadie puede adivinar, «en resumidas cuentas», dónde la ola podrá arrastrarles.

332.—*Tres buenas cosas.*

El grandor, la calma y la luz del sol: esas tres cosas rodean todo lo que un pensador puede desear y exigir de sí mismo; sus esperanzas y sus deberes, sus pretensiones en el dominio intelectual y moral, diré más: su manera cotidiana de vivir y la orientación del lugar donde habita. A esas tres cosas corresponden, por una parte, pensamientos que elevan, después pensamientos que tranquilizan, en tercer lugar pensamientos que iluminan; pero en cuarto lugar pensamientos que participan de esas tres cualidades, pensamientos donde todo lo que es terrestre llega á transfigurarse; es el imperio donde reina la gran trinidad de la alegría.